

rigiera en su embriaguez, y que, encontrándose en su vértigo con un príncipe que las tempestades arrojan como una furia en medio de su carrera, le abrazó con convulsiones de bárbaro gozo porque una voz interior le decía, como al que, meditando un crimen, mira aparecerse un asesino: ESE ES TU HOMBRE. Y si, dejando de considerar á ese hombre y á esa nación, echamos una ojeada sobre los vínculos que los unieron, estos vínculos no tenían nada de humanos: eran los que existen entre el asesino y el puñal; ellos no se formaron bajo los auspicios del cielo, sino bajo los auspicios del delito, que fué su numen; y nuestro pecho se oprimía dolorosamente con su existencia, como si respirara en una atmósfera en que ha respirado un fratricida, en que se ha cometido un incesto, ó sobrecargada con los vapores de sangre que derramó una mano impía manchada con un crimen nefando. Al considerar el enlace de ese hombre con esa nación, nos parecía mirar á un monstruo abrazado con un esqueleto en el seno de un sepulcro.

Tal es el cuadro que ha ofrecido hasta poco ha esa nación desgraciada, cuyos hijos, cubiertos de miseria y vegetando en el cieno de la degradación, no excitan en los que los contemplan sino el horror de su destino, y en cuya frente se descubre una mancha eterna de sangre, que se refleja de un modo espantoso sobre las naciones civilizadas, cómplices de sus crímenes y de sus extravíos, que no han sabido evitar.

Si el principio absurdo de la minoría en algunas naciones y de la tutela en otras, adoptado por la Diplomacia, puede aplicarse alguna vez sin que su aplicación sea un crimen, el Estado de Portugal, con respecto á los demás Estados de Europa, hacía, no solamente disculpable, sino necesaria esta aplicación en sus negocios interiores. El principio es absurdo porque es tiránico, y es tiránico porque se apoya en la fuerza. Se concibe bien que el poder social, creado para proteger al débil contra el opresor por medio de la fuerza pública depositada en sus manos, haya puesto á los débiles bajo la tutela de los fuertes; porque, dominando con la fuerza pública á todas las fuerzas

de los particulares, puede imprimirlas una dirección tutelar, remediar sus abusos y castigar sus extravíos. La tutela es justa en el derecho civil, porque la ley que la crea domina igualmente sobre el pupilo y el tutor; debiendo su origen á la fuerza de la ley, y no á la de los hombres, el principio se ennoblece con su origen, y la justicia y la humanidad le adoptan elevándole al rango de principio eminentemente conservador y social. La tutela así considerada, impone una obligación en el que la ejerce, y es un derecho en el pupilo, que encuentra una garantía suficiente en la responsabilidad que las leyes imponen sobre el tutor; pero este principio, trasladado del código de las leyes civiles al de las leyes internacionales, es monstruoso, tiránico y absurdo. Declarándose las naciones de primer orden tutoras de las pequeñas, se arrogan un derecho cuando la tutela debe ser una obligación; no estando limitado su ejercicio por una ley que represente una fuerza superior á la suya, su tendencia es siempre hacia la tiranía, porque es un poder sin responsabilidad; así la Diplomacia, confundiendo todos los principios y trastornando todas las relaciones, nos ha conducido al principio de la fuerza, único resultado de sus sublimes teorías, que no pueden dominar al mundo sino sumiéndole en el caos.

Pero á lo menos, ¿será cierto que las naciones pequeñas, como los individuos menores, necesitan del apoyo de un tutor para la gestión de sus intereses y la satisfacción de sus necesidades sociales? ¿Será cierto que les es negada la capacidad intelectual que necesitan para cumplir su destino? La Historia desmiente en sus anales este sistema monstruoso, y se ha complacido en pintarnos á los Estados pequeños ocupando un vasto espacio en el mundo por medio de su inteligencia y de su actividad. Las pequeñas repúblicas de la Grecia dominaron al coloso que las absorbió, sujetándole al yugo de su civilización y de sus leyes, ya que no á la robustez de sus brazos y al imperio de sus armas. Cuando la Europa moderna aún estaba sumida en la barbarie, las pequeñas repúblicas de Italia anunciaron al mundo que iba á renacer la luz en aquella noche

sombría; y cuando los grandes Estados que hoy están al frente de los destinos de Europa se fecundaban en el seno obscuro de un lejano porvenir, ellas se habían ya constituido en grupos pequeños, pero animados; y cuando aquéllos aparecieron en su infancia, ellas rayaban en la virilidad. La razón, conforme siempre con la Historia, nos enseña que en el mundo moral un todo es igual á otro todo, y que el Ser Supremo, al animar con su soplo de vida á las sociedades humanas, no ha contado los seres que se encerraban en ellas para condenar á las unas á una existencia imbecil, y depositar en las otras con el monopolio de la inteligencia el cetro de la dominación.

Pero, por desgracia, la inteligencia y la justicia, que en el mundo moral dominan siempre, no dominan en las sociedades si no se apoyan en la fuerza. Sin duda el dominio del mundo es su destino, porque el destino del hombre es la perfectibilidad¹; sin duda las fuerzas vitales de los pueblos concluyen por servirles de instrumento y de apoyo en toda época considerable de la historia; pero hay momentos de vértigo para las naciones como para el hombre: hay momentos de fascinación y de delirio, en que las fuerzas físicas sacuden el yugo de la inteligencia, pugnan por destronarla y combaten á la sociedad, que en este sacrilego divorcio es arrastrada á la anarquía y condenada á la muerte. Pero como las sociedades están destinadas á no perecer jamás², cuando la inteligencia, que debe dominar á un pueblo, es rechazada por este pueblo delirante, ó por las fuerzas físicas de otro que se arroja en la balanza, puede llamar á sí las fuerzas físicas de otra sociedad que aún no haya sacudido el yugo de la civilización, para que la sirvan de instrumento contra el principio disolvente que tiene que rechazar, y que necesariamente tiene que sucumbir: porque si Júpiter permitió que los Titanes intentasen escalar el Olimpo, no les permitió sentarse en el banquete de los dioses: el destino

1 La perfectibilidad no, sino la perfección relativa que le conviene.—(NOTA DE ESTA EDICIÓN.)

2 Suprimase este jamás.—(NOTA DE ESTA EDICIÓN.)

les había concedido el combate, pero les había negado la victoria.

En este solo caso la intervención de una sociedad fuerte, organizada y poderosa en los negocios interiores de una nación débil y agitada, es justa y noble á los ojos de la razón y de la humanidad; pero no debe olvidarse nunca que la sociedad que interviene es un *instrumento*, no un poder; que viene á servir á la inteligencia del pueblo amenazado, no á reemplazarle en el trono de que la fuerza le arrojó; que interviniendo cumple con un deber que la civilización la impone, pero que no ejerce un derecho que la justicia no le da; en fin, que su acción debe limitarse á remover los obstáculos que se oponían al desenvolvimiento espontáneo de las instituciones de aquel pueblo, que serán siempre la expresión más fiel de sus necesidades sociales. Pero si la intervención es justa cuando una sociedad se revela contra la inteligencia que la domina, ó cuando fuerzas extrañas la combaten, ¿cómo no lo sería cuando un pueblo entero renuncia á la inteligencia, abre un abismo entre él y la civilización, y presenta en su marcha y sus acciones un fenómeno moral sin antecedentes en la Historia, que la razón humana no comprende, que, fuera de todo sistema, es una individualización monstruosa y repugnante, arrojada en medio de la armonía de los seres y de las sociedades, que la miran con horror sin poderla concebir?

El Mediodía puede comprender al Norte: sus principios, aunque diversos, están en la naturaleza y entran en el cuadro de la civilización; pero D. Miguel y Portugal son un enigma misterioso que abrumba al entendimiento humano, que ignoraría su existencia si no estuviera manchada de sangre, y si no se anunciara á las naciones como uno de aquellos fenómenos terribles que las aterran en la ignorancia de su primera edad, y de los cuales nada saben sino que llevan en su seno la destrucción y la muerte. Y, sin embargo, la Diplomacia ha visto desenvolverse el destino de ese pueblo bajo sus enlutadas fases, mirándole pasar con una indiferencia estúpida, considerándole

como un hecho que podía enlazarse con todos los demás, y no mirando en él sino un hecho distinto de una distinta civilización. ¡Cómo! La Diplomacia, que, adoptando el principio de una tutela tiránica y absurda sobre los Estados pequeños, cree que no pueden constituirse por sí mismos, ¿piensa acaso que pueden suicidarse? La Diplomacia, que proclama el triunfo de la inteligencia á quien pretende servir, ¿piensa acaso que existe un sólo pueblo que deba emanciparse impunemente del yugo de la civilización? Harto tiempo los ojos de los hombres han visto precipitarse en la arena los ejércitos para conquistar á los más débiles en nombre del más fuerte, y establecer sobre el vencido el imperio de la espada; ¿serán menos legítimas las conquistas de la inteligencia y de la humanidad? ¡No era generoso, no era noble, hacer ondear el estandarte de la civilización sobre los muros de Lisboa, como la oliva pacífica sobre un campo de batalla? ¿No era tiempo ya de que un rayo de esperanza descendiese de aquel cielo sombrío, sobre aquellos campos de muerte, que pisa sólo un fantasma que fué un pueblo, y que se arrastra penosamente cubierto con un ropaje ensangrentado? Cinco años han bastado á un solo hombre para devorar á una nación entera; cinco años la Europa ha visto sin conmoverse esa grande catástrofe, esa horrorosa convulsión, y sus ojos han tenido tiempo de cebarse en aquel infortunio sin consuelo. Y, sin embargo, la Europa no ha lanzado un grito de indignación, ni sus manos se han tendido hacia las playas de Occidente llenas de un generoso socorro; si, cansada de ese espectáculo que pesaba sobre su conciencia, ha protestado alguna vez en nombre de la humanidad, si ha dejado caer algunas gotas de rocío sobre aquel suelo agostado, esa protección estéril, sólo ha podido servir para prolongar su dolorosa agonía. Así, un manantial escaso que se pierde entre inmensos arenales no puede evitar la muerte y aumenta la desesperación del caminante sediento.

Si la Europa hubiera seguido hasta en sus últimas consecuencias este sistema desastroso, yo no hubiera trazado estas

líneas, ni publicado tan dolorosas reflexiones; mi pluma se hubiera resistido á trazar un cuadro cubierto de sombras; el hombre no puede escribir sin esperanza; cuando ésta desaparece del horizonte de su vida, él debe envolverse en una silenciosa desesperación y desaparecer con ella en el sepulcro.

Pero, por fortuna, la Providencia, que ha dado á las naciones, con la vida, la perfectibilidad, sabe detenerlas en el límite que las separa del abismo: ellas, como el hombre, retroceden espantadas ante la última consecuencia de un absurdo. Esta última consecuencia para la Diplomacia, ha sido Portugal; el mismo principio que ha presidido á sus combinaciones con respecto á la revolución de Julio, á la de Septiembre y á la de Polonia; el mismo que la ha señalado su conducta en las relaciones con el Norte y en la cuestión de Oriente, es el que la ha inspirado en la política desastrosa adoptada con respecto á D. Miguel; pero en aquellas cuestiones el absurdo no era aparente y estaba velado el abismo; en la última, el absurdo aparece en toda su horrible deformidad, y el abismo se ostenta, sin velos que le cubran, en toda su imponente desnudez. La Diplomacia y la Europa debían retroceder espantadas, y han retrocedido.

El tratado concluído entre España, Francia, Inglaterra y Portugal, para la pacificación de la Península, ha sido la primera protesta de la Diplomacia, digna de la civilización. Se ha hablado mucho de este tratado en los periódicos extranjeros, de los cuales, unos le consideran como una revolución en el sistema de Europa, y otros como estéril para la humanidad, y aun para las naciones que han provocado la cuádruple alianza; yo no sé hasta qué punto son fundadas estas conjeturas; espero que el porvenir, poniendo en claro la extensión de este nuevo pacto entre las cuatro naciones, nos pondrá en disposición de juzgar de su verdadera importancia, y sólo entonces sabremos si es un tratado más, ó un primer tratado, base y cimiento de una nueva era. La Historia señalará á la nación española el lugar que ha conquistado en esta ocasión entre las

naciones civilizadas: ella también ha arrastrado por diez años el sayal de la servidumbre, ha bebido en la copa del oprobio y ha vegetado en la degradación. Pero apenas la mano benéfica de una Reina, que el cielo la dió para que sembrase de flores la senda de su vida, ha levantado de su seno la losa sepulcral, esta nación vigorosa se ha levantado regenerada, casi no se descubre en su frente la huella del infortunio, y el primer paso que ha dado en la carrera de la civilización, ha sido dar un voto enérgico en favor de la humanidad y sostenerle con su espada. Cualquiera que haya sido la influencia del nuevo tratado en los asuntos de Portugal, la de nuestro ejército no puede ser dudosa. Él ha asegurado la corona en las sienas de dos reinas y ha defendido la libertad de dos naciones ¹. Sus laureles no se secarán jamás, ni perecerá su gloria.

Yo no concluiré estas líneas sin echar una ojeada sobre el nuevo sistema que la Diplomacia debe adoptar si no está condenada á perecer; porque, no lo olvidemos, las revoluciones son siempre simultáneas, y la institución que no se reforma cuando todo varía, no tiene un porvenir. El fenómeno más evidente del Mediodía hasta ahora, ha sido la falta absoluta de unidad y el dominio del principio disolvente de la individualización, y como consecuencia necesaria de este fenómeno una desproporción alarmante entre sus fuerzas y las del Norte. El fenómeno más evidente del Mediodía de Europa debe ser de hoy más la reunión de las naciones meridionales bajo una sola bandera, la reorganización de la unidad perdida, y como consecuencia necesaria de este fenómeno el restablecimiento del equilibrio entre las fuerzas que un día deben luchar por el dominio del mundo y el monopolio de la gloria. La Diplomacia ha proclamado la unidad que resulta de los intereses materiales: en adelante debe proclamar la unidad de principios y adoptarla como base de sus combinaciones. La Diplomacia ha

¹ La libertad liberal del mal. Esta palabra explica todo cuanto dice ó deja entrever Donoso Cortés respecto de Portugal y de D. Miguel, representante de la tradición.—
(NOTA DE ESTA EDICIÓN)

traspasado sus límites naturales: 1.º, en su objeto, porque, habiendo sido éste en su origen arreglar las relaciones exteriores de los Estados entre sí, desde el Congreso de Viena empezó á arreglar las relaciones entre los súbditos y los que los gobernaban; 2.º, en su carácter, porque, habiendo servido al principio de *instrumento*, se elevó después al rango de poder constituyente, y, como consecuencia necesaria de su nueva posición, no reconoció ningún hecho que no fuera obra suya ó que ella no hubiese modificado, de manera que pudiera reclamarle como su propiedad. Las sociedades entonces dejaron de pertenecerse á sí mismas: las instituciones no fueron el resultado de las necesidades locales de los pueblos, que renunciaron á su inteligencia, sino el resultado de intereses que no eran los suyos, de necesidades que no conocían, de combinaciones que ellos no formaban; de la fuerza, en fin, que, después de haber dominado en los siglos de barbarie, ha dominado, aunque revestida de otras formas, en un siglo de civilización. La Diplomacia debe entrar en los límites trazados por su naturaleza y borrados por sus usurpaciones. Su objeto deberá ser arreglar las relaciones que hayan de existir entre el Mediodía y el Norte; debe reconocer el estado político y social de los pueblos como un hecho independiente de su poder, como un hecho que la domina, y al cual debe arreglarse en su marcha, y servir de instrumento para su desarrollo y completa realización. Como consecuencia necesaria de esta revolución en su objeto y su carácter, las sociedades podrán constituirse á sí mismas; su existencia, antes facticia y estéril, porque no era el efecto de sus fuerzas vitales, sino de combinaciones arbitrarias, será ya sólida y fecunda, se apoyará fuertemente en el suelo donde se robustecen sus raíces, y los pueblos, antes devorados por una fiebre abrasadora, podrán crecer tranquilos á la sombra de la prosperidad. Si la Diplomacia no desenvuelve progresivamente este sistema perecerá sin remedio, porque, de lo contrario, arrastraría á un abismo la perfectibilidad humana, que no puede perecer; su destino sería el de todos los poderes usurpados que han oprimido á las na-

ciones con su peso: su naturaleza los conduce al absurdo, el absurdo á la esterilidad, y la esterilidad á la muerte. Este destino es triste para la usurpación, pero es glorioso para el hombre, y está escrito en todas las páginas de la Historia por el dedo de la Providencia para alimentar su fe y servirle de esperanza.

La Europa, dividida al principio en razas que se devoraban á sí mismas, porque su principio era el de la individualización, después en familias y en clases, y más adelante en naciones, está ya dividida solamente en principios, porque las fuerzas del espíritu humano tienden siempre á la unidad. La Diplomacia, cuyo objeto no puede ser otro que arreglar las relaciones entre cuerpos que se chocan, no puede existir entre los pueblos del Mediodía alistados bajo una sola bandera ¹, agrupados alrededor de un solo principio y gravitando hacia un centro común. El Mediodía de Europa es una unidad; es lo que era un individuo en los siglos bárbaros, lo que fué una familia en los siglos feudales, lo que ha sido una nación en el siglo XVI; y como la unidad individual, la de familia y la de un pueblo necesitan de otra unidad diferente para tener relaciones, la unidad del Mediodía no puede tenerla sino con la unidad del Norte; la Diplomacia no puede existir sino entre estos dos cometas que luchan en el espacio por la dominación: si ella no puede conciliarlos, debe abdicar abandonando el campo de las transacciones para que los ejércitos se señalen á sí mismos el campo de batalla. El Mediodía la pide la paz ó la victoria, y ha confiado á sus manos el depósito de su honor; este depósito la obliga á no comprar la paz con la vergüenza, porque la vergüenza es un precio más alto que la sangre. Yo he explicado las ideas que contiene la palabra *legitimidad*, de que se ha abusado tanto; como pudieran atribuírseme ideas poco favorables al mantenimiento de la paz general, y como la Diplomacia ha condenado de un modo absoluto la guerra y la decisión, por

¹ Digo alistados bajo una sola bandera, porque la Bélgica, amenazada por la Holanda y la Suiza por el Norte y la Cerdeña, no puede menos de formar parte de la alianza de los pueblos del Mediodía, á cuya política se aproxima también cada vez más el rey de Nápoles.

medio de las fuerzas materiales de los pueblos, de todas las cuestiones que se agitan en todas las naciones civilizadas, yo debo examinar cuál es el lugar que corresponde á la fuerza en medio de la civilización.

La fuerza es un elemento necesario en las sociedades humanas: la coexistencia del mundo moral y del mundo físico en el hombre, hacen que su naturaleza sea el resultado de las condiciones necesarias al primero y al segundo; como ser moral, tiende á la conquista por medio del desenvolvimiento de la razón: como ser físico, por medio de la fuerza. Cualquiera de estos dos medios que aniquile la diplomacia, no puede verificarlo sin aniquilar al hombre; despojándole del primero, sería una planta; despojándole del segundo; una inteligencia pura. Puesto que el hombre es el punto en que estos dos elementos se reúnen, es preciso que sean armónicos en él. Dios ha establecido esta armonía, el filósofo la comprende, y el legislador debe realizarla en las sociedades que gobierna. ¿Cuál es la ley de esta armonía? ¿Existe un tipo de evidencia que pueda hacernos conocer cuándo hay un desequilibrio entre estos dos elementos, y cuándo el de la fuerza empieza á ser tiránico y deja de ser conservador? Existe, sin duda, esta ley, que no es un misterio para el hombre; pero la Diplomacia la ha desconocido, y no pudiendo armonizar ha querido destruir.

La fuerza puede tenerse á sí misma por objeto, sirviendo á un poder usurpado y que sólo en ella tenga su origen; entonces la fuerza es tiránica porque tiende al dominio del mundo, que no la pertenece. La Edad Media es el teatro de su existencia como poder, y, por consiguiente, la época de la barbarie y del entronizamiento de la usurpación.

Pero las ideas llamadas al dominio de las sociedades tienen que realizarse, que convertirse en *hechos* para dominar; porque si el hombre, como ser inteligente, rechaza el dominio de la fuerza, como ser físico no puede sujetarse á las ideas si no se revisten de formas materiales que se apoderen de sus órganos al mismo tiempo que de su razón; pero las ideas, al con-